

—Tas creyendo... —dijo Sindicato.

—Como las huevas... pero tú te vas derecho al infierno, por cagón —sentenció Lobo. Tenía la mano derecha tapándose la nariz y con la otra sacudía un periódico.

Los demás desataron el chongo. Sindicato la siguió: flexionó las piernas y, con los pies plantados en la grama, elevó las nalgas para despedir uno estruendoso.

—Tápate este, Lobito. Y Arriba Alianza pato al mundo.

—Provecho, provecho —festejaron las chibolas.

—No jodas, causa. Me remueves el desayuno, a la franca.

—Taqueañado —se burló Lapicero—. Hablas como si hubieras tirado buen combo.

—Peores nada, causa —dijo Lobo, pero bajito—. Misio me dejaron los tombos.

—¿Cuánto les bajaste? —preguntó Blanca.

—Cuarenta lukas.

—¿Por qué tanto? —otra vez Blanca.

—No atracaron con veinte lukas. Encima tuve que bajarme con una quina por la Elena.

—¿Por la Elena? —sorprendida Blanca.

—Sí... —afirmó algo abochornado Lobo.

—Yastás reblandecido, compadre. Taque perdonar a esa jerma —rezongó entre dientes Lapicero.

Lobo ni lo miró. Hubiera querido tener rabia y saltarle al pescuezo. "Pero es la ver-

NARRATIVA

NAVAJAS EN EL PALADAR
Jorge Eslava

Editorial: Alfaguara
Páginas: 148
Precio: S/39.00



VIDA & OBRA



JORGE ESLAVA
(Lima, 1953)

En 1980, Jorge Eslava ganó el primer premio de poesía en los Juegos Florales "Javier Heraud", y el concurso "Poeta Joven del Perú" de ese mismo año. En 1982 ganó el Premio Copé de Poesía con *Iraca*, su tercer poemario, y en 1994 fue finalista del Premio Casa de las Américas. Su última novela, *Navajas en el paladar*, gira en torno a un grupo de muchachos limeños que sobreviven a las drogas, el alcohol y la violencia.

dad, estoy cagado", pensó. Había vuelto con la Elena y ese amor era ácido en carne viva. Una colilla en los ojos de su libertad, porque con ella no se plantaría jamás.

—Carolina noche —soltó Sindicato.

—Se han avivado como la putamadre —dijo Teresa, que tenía entre sus manos la cabeza de Sindicato y rebuscaba liendres.

—No pasa nada —murmuró Lobo—, la libertad no tiene precio.

—Tanque debemos poner nuestras tarifas —dijo Bokechucha—. Con ese sajiro estamos hechos. Se la llevan toda...

—Calla, mierda —lo cuadró Lapicero—. Saliste volado anoche.

No hay punto muerto en ese cagadero de relojes, tabas y trapos importados. Era la esquina de Lampa con La Colmena, a las jodidas horas del mediodía y allí estaban Chupijel y Conejo.

—Habla, socio. ¿Qué hay para negocio? —preguntó el tío seboso, dueño de una mica rosada abierta hasta el ombligo y de una reputación pendeja en ese paraíso.

—Chinea, son Armani —dijo Conejo, mostrándoselos.

—¡Carajo! Linda merca —metió cuchara Chuck Norris, el men de los videos porno y de

cojonudo parecido al actor gringo—. Ahorita, cincuenta lukas.

—No me cagues, pe —repuso el tío seboso, abriendo los brazos y poniendo su tremenda cara estúpida de lado.

Las gafas de sol se perdían en las manzanas del tío, que escrutaba bisagras y posibles arañazos en los cristales.

—Te doy precio: cincuenta lukas. Habla.

—Suave, choche —contestó Conejo, tratando de recuperar lo suyo. Flamante y fugazmente suyo —Quiero setenta lukas.

—No seas malo, pe. Te has fijado en esta huevada —y enseñó algo que nunca supe qué. Pero ahí quedó el dedo, sobre el arco bañado en oro, aunque Conejo empezó a sentirlo atro- ya y no le gustó nimichi.

—No pasa nada —le dijo—. Ya dámelo.

—Tano te pongas rancio, pesocio —y con la panza, el tío seboso apartaba fuera del alcance los anteojos.

—Como las huevas, ya dáselos —levantó la voz Chupijel.

—Espara negocio, chino —se bajó el panzemia —. Hasta cincocinco, socio. No te van a dar más.

Hubiera sido duro recobrarlos, pero ahí estaba Chupijel y eran de nuevo los Armani flamantes y fugazmente suyos. La facha de vaporino de su casa (Bíceps generosos y el tatua- je de una calata) lo había librado de una más.